

ORLANDO MEJÍA RIVERA

Historia cultural de la medicina

Medicina arcaica

De las enfermedades prehistóricas
a los papiros médicos del antiguo Egipto

Vol. 1



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección HISTORIA Y PENSAMIENTO, 28

© Del texto, Orlando Mejía Rivera, 2020

© De esta edición, Festina Lente Ediciones S. L. U., 2022

Todos los derechos reservados.

Las fotografías incluidas en este volumen están libres de derechos.

Primera edición en Punto de Vista Editores: enero, 2020

Segunda edición (primera en este formato): mayo, 2022

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

[@puntodevistaed](https://www.instagram.com/puntodevistaed)

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras

Diseño de cubierta: Ezequiel Cafaro

ISBN: 978-84-18322-63-1

Thema: MBX, NHTB, NHTE, 3B, 3C

Depósito legal: M-11601-2022

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com

Sumario

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN	17
PREFACIO	19
INTRODUCCIÓN	25
1. La historia de la medicina en tiempos de crisis	29
2. La historiografía médica	35
3. La historia de la medicina como historia epistemológica y social	64
4. La propuesta de una Historia de la medicina	84
I. MEDICINA PREHISTÓRICA Y PALEOPATOLOGÍA	87
5. El origen del hombre y los hallazgos fósiles	91
6. Las teorías de la evolución humana, el desarrollo del bipedismo y la capacidad cerebral	101
7. Definición, fuentes y técnicas de la paleopatología	109
8. El <i>Homo habilis</i> , el <i>Homo erectus</i> y el <i>Homo</i> de Neandertal	112
9. Ritos fúnebres y religiosos	120
10. Condiciones de salud y enfermedad	123
11. Prácticas médicas incipientes	126
12. El <i>Homo sapiens sapiens</i> : del hombre de Cromañón al hombre del Neolítico	129
13. El arte prehistórico y la medicina	131
14. Los ritos fúnebres y religiosos del <i>Homo sapiens</i>	137
15. Condiciones de salud y enfermedad del <i>Homo sapiens</i>	138
16. Prácticas médicas y quirúrgicas en el Neolítico	143
17. Los hallazgos paleopatológicos y genómicos en la prehistoria	146
II. MEDICINA MÁGICA, CHAMANISMO Y MEDICINA EMPÍRICA NATURAL	163
18. Fundamentos etnológicos y científicos del pensamiento mágico	167
19. Las creencias ante la muerte humana	175
20. El chamanismo y sus técnicas de curación	177
21. Medicina mágica no chamánica y medicina empírica-natural	185

III. LA MEDICINA EN LOS PUEBLOS MESOPOTÁMICOS.	
LAS EXPEDICIONES DE GILGAMESH	193
22. Las culturas de Mesopotamia	197
23. Aspectos socioculturales y religiosos	200
24. Las creencias ante la muerte y el más allá	204
25. Arte y medicina	209
26. Las concepciones ante la salud y la enfermedad	213
27. La patología	216
28. Médicos y enfermos	221
29. Los textos	227
30. Anatomía, fisiología y formas de diagnóstico y pronóstico	230
31. La terapéutica	247
32. El código de Hammurabi y los principios ético-legales de la relación médico-paciente	254
33. Conclusión	263
IV. LA MEDICINA EN EL ANTIGUO EGIPTO. LAS SABIDURÍAS DE THOT	265
34. Fundamentos históricos	269
35. Costumbres socioculturales	272
36. La religión, las creencias ante la muerte y el más allá, y sus influencias en la medicina	283
37. Cartografías ultraterrenas	287
38. La multiplicidad de los cuerpos	289
39. La técnica del embalsamamiento y los ritos funerarios	294
40. El <i>Libro de los muertos</i>	300
41. Concepciones ante la salud y la enfermedad	304
42. La patología	310
43. La paleopatología de las momias	311
44. Arte y patología	322
45. Patologías identificadas en los textos de los papiros médicos	335
46. Médicos y enfermos	337
47. Los textos	346
48. Papiro de Ebers	349
49. Papiro de Edwin Smith	357
50. Papiros de Kahun, Hearst, Berlín, Chester-Beatty N.º VI, Londres, Calsberg N.º VIII, Ramesseum, Leyden y Turín	396
51. Anatomía y Fisiopatología	400

52. Semiología clínica	406
53. Ginecología, obstetricia y neonatología	413
54. Cirugía y ortopedia	419
55. La terapéutica	424
56. Conclusión	430
BIBLIOGRAFÍA	433
ÍNDICE ONOMÁSTICO	481

Hondo es el pozo del pasado. ¿No sería mejor decir que es insondable?

THOMAS MANN,
José y sus hermanos. Las historias de Jacob (1933)

¡La historia de la medicina es una empresa políglota! Siempre nos interesamos por el pasado a partir de un presente: pero hay que comprender las palabras del pasado. El historiador de la medicina tiene que proveerse de un bagaje a la vez filológico y científico. A ser posible, debería tener sólidas nociones de historia de la filosofía. Pues su campo de especialización forma parte del pasado cultural. Hay que conocer lo que es diferente de nosotros, para aprender lo que somos, por oposición. Se trata de conocimientos que tienen como finalidad probar que la finalidad práctica no es lo único que cuenta. La medicina faraónica por ejemplo, está ligada a un sistema social, a un sistema de representación de las fuerzas que reinan en el mundo. Ocurre con este estudio lo mismo que con la historia del arte, o con la historia de la arquitectura de los templos. Ya no es nuestra religión, y sin embargo el edificio es de los que, con razón, nos maravillan. Vale la pena acercarse a ello, aunque solo sea para no perder nada de la diversidad que forma parte de nuestro patrimonio: nos enriquecemos simpatizando con lo diverso, con las etapas anteriores de nuestra humanidad.

JEAN STAROBINSKI, entrevista (1999)

En aquel momento, pensando en qué proyectos embarcarme en mi nuevo laboratorio, me sentía inclinado en concreto a estudiar la historia humana por medios moleculares. Era un tema fascinante, pero, tal y como se practicaba en general, estaba acribillado de conjeturas y sesgos a partir de ideas preconcebidas sobre la historia. Aspiraba a dar un nuevo rigor al estudio de la historia humana investigando la variación de la secuencia del ADN en los antiguos humanos.

SVANTE PÄÄBO,

El hombre de Neandertal.

En busca de los genomas perdidos (2018)

*A la memoria de mis inolvidables maestros:
Carlos Nader, Jaime Márquez, Helí Alzate y Fabio Franco.
El primero me enseñó la compleja ciencia de la clínica.
El segundo me reveló la fascinación por
la Historia de la medicina. El tercero me transmitió
el amor por los clásicos literarios y la filología.
El último me señaló los velos del misterio
de la vida profunda.*

Nota a la presente edición

Este libro fue publicado, por primera vez, con el título de *Introducción crítica a la historia de la medicina (De la prehistoria a la medicina egipcia)*. Contó con la suerte de ser el ganador del Premio de la Cámara Colombiana del Libro, en la categoría de «mejor libro técnico y científico» de Colombia en 1999. Otra versión actualizada se publicó en 2016. Por eso es muy grato para mí presentar esta nueva edición en España, aunque en realidad es otro libro, renovado casi en su totalidad en los contenidos, pero conservando las mismas temáticas.

Las fuentes bibliográficas se han actualizado hasta la fecha y he incorporado los descubrimientos paleopatológicos más recientes, que son de gran significado para cualquier interesado en el origen de las enfermedades infecciosas, metabólicas y el cáncer. Además, los descubrimientos genómicos de la tuberculosis, la lepra y la sífilis prehistórica han derrumbado longevas teorías científicas que se creyeron indiscutibles. De igual manera, se mencionan y analizan los extraordinarios hallazgos del ADN fósil neandertal, liderados por Svante Pääbo, que permiten entender las ventajas evolutivas que tuvo el *Homo sapiens* al hibridizarse con ellos y los denisovanos, pero también las malas adaptaciones de los humanos contemporáneos y sus enfermedades derivadas de esos alelos genéticos atávicos.

Durante estos años he profundizado en el estudio de diversas lenguas extranjeras, para tratar de ofrecer al lector versiones de fuentes primarias arcaicas, antiguas y fuentes secundarias que nunca han sido traducidas ni circulado en el contexto iberoamericano. Por ejemplo, hasta donde yo sé, me permito ofrecer aquí la primera traducción completa al

español de los cuarenta y ocho casos clínicos del papiro de Edwin Smith. Aunque la hice a partir de la edición canónica inglesa de Breasted (1930), también tuve en cuenta los propios hieroglíficos y una novedosa interpretación contemporánea, médica como filológica, que se ha realizado del papiro.

Enero de 2019

Prefacio

En 1937 el inglés Joseph Needham (1900-1995), prestigioso investigador de la bioquímica del embrión, conoció en Cambridge a la profesora china Lu Gwei-Djen. Esas conversaciones iniciales generaron en él una transformación profunda en los proyectos de su vida. Comenzó a estudiar mandarín y concibió una investigación que los mismos historiadores chinos no habían imaginado: la pesquisa de su ciencia y su tecnología desde la antigüedad hasta el Renacimiento.

Diez años después, con miles de documentos recolectados de bibliotecas olvidadas y con un puñado de colaboradores chinos entre los que estaba su nueva esposa Lu, inició la redacción de la monumental *Science and Civilisation in China*, libro planeado en un solo tomo, pero que cuando murió iban publicados dieciocho volúmenes. De hecho, redactó una parte del tomo diecinueve hasta dos días antes de fallecer por una complicación de la enfermedad de Parkinson, que padeció en las últimas dos décadas de su existencia.

La obra es abrumadora y excepcional. Los temas analizados son, entre otros, la historia del pensamiento filosófico y científico, la lógica y el lenguaje, las «matemáticas y las ciencias del cielo y de la Tierra», la ingeniería mecánica y náutica, la química, la tecnología física, el papel y la imprenta, la tecnología militar, cuatro libros dedicados a los descubrimientos espagíricos y la alquimia, la biología y la medicina.

En cada tomo Needham hace una comparación de los hallazgos de los científicos chinos con el estado del arte en Occidente, en la India, en Egipto, en la Grecia Clásica y en la cultura árabe. Pero, además, el estilo es un inglés conciso, de claridad luminosa, de impecable textura literaria.

Hace treinta años comencé a conseguir y a leer, uno a uno, la obra de Needham. Confieso que me ha transformado de manera profunda y mi amor por la historia de la ciencia y por la cultura china surgieron de estas miles de páginas deslumbrantes, repletas de esas citas eruditas y novedosas que, por ejemplo, permitieron conocer cómo la primera descripción clínica completa de la viruela no fue la del alejandrino Aarón en sus *Pandectas médicas* del siglo VII, sino que lo antecedieron Ko Hung en su *Chou hou pei chi fang* del año 340 y el *Thao Hung-ching* en el año 500.

Esta pasión secreta por Needham a la cual llegué por casualidad, como todo lo valioso en la vida de un ser humano, la revelo ahora por la emoción que me produjo la lectura del último libro de George Steiner titulado *Los libros que nunca he escrito* (2008). Allí, el más sólido intelectual vivo del mundo occidental, recuerda, en el primer capítulo denominado *Chinoiserie*, a Needham y su obra.

Aunque cuenta alguna antipática posición de marxista trasnochado de Needham, según Steiner; refiere también que, incluso a su pesar, se siente subyugado y sorprendido por su genio y su texto. Luego de comparar la grandeza de Needham con la de Goethe y Voltaire, piensa que *Science and Civilisation in China* es una obra que pertenece a un género distinto al de la ciencia o la historia, solo equiparable a la *Anatomía de la melancolía* de Burton o al *Astronomicon* de Manilio, pues es «una variedad barroca, un híbrido de erudición detallada, sabiduría arcana, citas eruditas y fantasía casi anárquica. Mezcla el dato técnico con la posibilidad visionaria».

Ahora bien, al tratar de encontrarle un equivalente en el siglo XX dice que no es posible compararla «con otras historias enciclopédicas de la ciencia y la tecnología, sino que es con *En busca del tiempo perdido* de Proust». ¿Qué quiso decir Steiner? Pienso que no es una crítica que acuse de inexactos a los datos del libro, sino que va más allá: la historia contemporánea reconstruye el pasado con un material híbrido

de documentos, archivos, monumentos, geografías, pinturas, poemas, canciones, novelas, memorias populares, silencios y la capacidad del historiador que sintetiza y atrapa siglos del espíritu humano, en unos cientos de páginas, mediante la unión indisoluble de la imaginación y la erudición. Por eso Needham, como Proust, supieron que la realidad humana ha sido construida con la verdad de los sueños y la ficción de los hechos.

La influencia de su obra en mi vida me llevó, hace casi veinticinco años, a iniciar la preparación y lenta redacción de mis libros sobre la historia de la medicina occidental. Ahora bien, también hay otro autor y otro texto detrás de mi vocación. Me refiero al admirado novelista, e historiador rumano, Mircea Eliade y su apasionante *Historia de las creencias y las ideas religiosas*, en cuatro volúmenes. De esta obra prodigiosa he aprendido la manera de abordar la temática religiosa, inmersa en el centro cultural de la humanidad. La necesidad de creer en algo y la necesidad de sentirse saludable, o ser aliviado del dolor, son sentimientos muy profundos y persistentes en los seres humanos, independiente de las épocas y de las civilizaciones. No puede haber una historia de las religiones, ni una historia de la medicina, entendidas como disciplinas especializadas y aisladas de todo el vasto universo antropológico.

Mi fascinación por Eliade y por Needham radica en su rebeldía contra el siglo xx y la dictadura de los especialistas. Sus libros pertenecen a ese nuevo género, que vislumbró la perspicacia lectora de Steiner, donde «El saber —esta es la clave— es tan detallado, tan compacto, que deviene autónomo». De allí esos textos monstruosos «que son políglotas, están repletos de listas, de catálogos, de taxonomías» y que terminan emparentados con las «ficciones más memorables de Borges» y son «unicornios del jardín de la razón».

No tengo la universalidad ni la fuerza necesaria para que mi libro merezca ser clasificado dentro del nuevo «género monstruoso» propuesto por Steiner. Sin embargo, lo que sí

puedo reivindicar es mi impulso y concepción del escritor entendido como un generalista, que trata de comprender los distintos saberes de una manera transversal, encontrando nexos de sentido entre las distintas disciplinas.

Como decía Alfonso Reyes: «Soy un especialista en universales». Bella definición que le corresponde, de igual manera, a todo escritor que comprende que el nicho de los saberes híbridos es el nuevo crisol alquímico donde la información infinita del mundo se decanta y transforma en la misma sabiduría de todos los tiempos. Más que nunca las literaturas, las humanidades y las ciencias deben recuperar la unidad primigenia de las «primeras palabras» que están adheridas a los pigmentos de los bisontes de las cuevas de Altamira, pero que también palpitan entre el silicio del nuevo modelo de *laptop* de un rapero de Nueva York, o de Barcelona, que acaba de «escribir» un grafito sobre un edificio abandonado.

Confieso una última influencia en esta obra: la propuesta de la «escritura transversal» de Rafael Argullol. Esa escritura que atraviesa, como el bisturí del cirujano y los ojos del viajero, los mapas corporales de la conciencia y las geografías simbólicas de la realidad humana. Escritura que no está al servicio de los especialistas, ni de los banqueros, ni de los perezosos, ni de los ídolos totémicos del «éxito».

De allí que: «El escritor es aquel que es capaz de llegar a objetivar el mundo de las sensaciones con redes lógicas y lingüísticas. Pero ese convertir la experiencia en escritura debería tener como correlato la posibilidad de transformar también la escritura en experiencia». Pareciera que esta aventura escritural está reservada a las dimensiones de la ficción, pero no a la historia.

Sin embargo, el Pierre Menard de Borges ya atrapó para siempre, en las redes irónicas de la literatura, la frase del Quijote de Cervantes: «la verdad, cuya madre es la historia». Entonces, ya todo es posible y como dice, de nuevo Steiner, los «límites entre realidad y ficción son sutilmente fluidos». De todos modos, o precisamente por lo que he dicho, ojalá

que este texto llegase a generar en sus lectores lo que Abd Er Rahman El Chabati expresó con lucidez: «Cuando un hombre conoce los sucesos de las generaciones pasadas, parece que ha vivido desde el comienzo de los siglos».

Introducción

La mayor empresa de la mente siempre ha sido y siempre será el intento de conectar las ciencias con las humanidades. La actual fragmentación del conocimiento y el caos resultante en la filosofía no son reflejos del mundo real, sino artefactos del saber.

EDWARD O. WILSON, *Consilience*.
La unidad del conocimiento (1999)

La historia de la medicina en tiempos de crisis

A comienzos del nuevo milenio la llamada modernidad occidental vive con un sentimiento paradójico y turbador: siente cómo más que nunca es capaz de dominar todos los secretos de la naturaleza, con el instrumento poderoso de la ciencia y de la tecnología, pero, a la vez, ha comenzado a dejar de creer en los beneficios que para la especie humana puede llegar a tener este imperio tecnológico.

Las épocas de crisis se caracterizan por la incertidumbre ante el sentido individual y colectivo de la vida, por la falta de creencias y por la incomprensión ante lo que nos rodea. Lejanos están los tiempos cuando los filósofos de la ilustración, del siglo XVIII europeo, pensaron con optimismo en una sociedad futura donde la racionalidad y la ciencia construirían un paraíso humanista en la tierra.

Ahora, desde las mismas academias europeas, se escuchan las voces que hablan de la muerte del hombre, del fracaso de la modernidad, de la era del vacío, de la locura de la racionalidad, del totalitarismo de la imagen y de la máquina. En un mundo que se ha convertido en un solo pueblo desde el punto de vista del poder de la información, pero que continúa estimulando los odios hacia todo lo que se perciba como diferente.

Desde los años sesenta, del siglo XX, la ideología del progreso comienza a no ser creíble en las minorías intelectuales de la ciencia, la filosofía y la educación. Los escritores de ficción nos recuerdan, desde Kafka y Joyce, que el hombre moderno es un cadáver vital en proceso de putrefacción y ha perdido su esencia humana en los laberintos infinitos de las formas. Si

Nietzsche anunció la «muerte de Dios» en el siglo XIX, pensadores como Foucault anunciaron en el siglo XX la «muerte del hombre». Sartre y Camus redescubrieron para la civilización de Occidente que la Nada devoraba al ente y al ser.

Este sentimiento de descreimiento en los intelectuales y los artistas, ante los fundamentos filosóficos e ideológicos de la modernidad, se ha proyectado hacia la cultura colectiva como un movimiento que rechaza los valores racionalizantes, economicistas y tecnocráticos del discurso oficial de los políticos y de los expertos. La sociedad vuelve a sumergirse en los ideales románticos de la sabiduría de la naturaleza o en las fuerzas arcaicas de la magia y la astrología.

Este retorno a lo mítico-mágico busca, en parte, recuperar el espíritu pagano que la religión escolástica judeocristiana arrasó en la Edad Media. A través de la sangre y el fuego, al convertir a las mujeres hermosas y lascivas en brujas demoníacas. A los ritos paganos de la fertilidad de la tierra, que transformaban las orgías sexuales colectivas en un canto de agradecimiento a la vida, en otros ritos erotóforos y reprimidos donde el cuerpo y la risa pasaron a representar los símbolos del mal.

No es gratuito que el psiquiatra Carl Gustav Jung se haya encontrado con que los sueños de sus pacientes europeos y norteamericanos, analizados entre los años veinte y cincuenta, eran sueños con simbolismos y enigmas que correspondían a las búsquedas espirituales de los alquimistas y los intelectuales de la Edad Media y el Renacimiento.

Parece que en el inconsciente colectivo de la humanidad no existe el tiempo ni el espacio, por lo tanto no existe la historia. Por ello, los impulsos arquetípicos que no son resueltos en un momento dado, retornan a la conciencia de los hombres con distintos lenguajes y representaciones. Si bien esta hipótesis es atrevida e incompleta, contribuye, en parte, a tratar de explicar estos tiempos que algunos han llamado como «posmodernidad» y otros, más cáusticos, como «la nueva Edad Media».

No obstante, al lado de estos signos de crisis cultural se encuentra la red de las verdades oficiales del sistema, que por medio de los discursos de «la productividad», la «globalización» de la economía, la «eficiencia total» de la vida humana, etcétera, tratan de hacer creer a las mayorías que vivimos en el mejor de los momentos históricos, en el que las estadísticas económicas y el desarrollo tecnológico son los símbolos del progreso infinito de la humanidad.

Esta ideología economicista que ha transformado simbólicamente al hombre, al mundo y al universo en objetos desechables de un supermercado gigantesco, incide en la nueva mentalidad de los hombres de ciencia, los cuales se afanan por descubrir una nueva sustancia superconductora, o establecer la estructura de un gen determinado, con el fin de patentar su descubrimiento y lograr ganancias económicas exorbitantes.

En esta época la investigación de casi todas las áreas del conocimiento es patrocinada por las multinacionales privadas, que invierten en el negocio de la venta de armas o en la producción de medicamentos con idéntica intencionalidad: para obtener rentabilidad a expensas de las necesidades reales o ficticias de las sociedades modernas.

Este pragmatismo compulsivo ha llevado a que la educación universitaria actual esté encaminada, de forma exclusiva, a preparar profesionales que sean competitivos en el mercado de la sociedad dejando a un lado los ideales de la *Universitas* medieval, que propugnaba por formar un estudiante que además de aprender un oficio, aprendiera a pensar y a buscar la sabiduría como meta suprema de la vida humana. De ahí la división que desde mediados del siglo XIX se estableció entre las llamadas áreas científicas y técnicas y las denominadas humanidades.

La crisis de la medicina contemporánea es el resultado de la crisis general de la civilización, de la crisis de las ciencias y, por supuesto, de la crisis de la universidad moderna. Incluso para algunos pensadores, como Iván Illich y Michel Foucault,

la medicina científica representa el brazo ideológico de la tecnocracia y de allí su poder cultural. El cual ha medicalizado la vida social cotidiana mediante sus normas de higiene, salud y enfermedad que son, en el fondo, instrumentos de represión política contra todos aquellos que tratan de combatir el orden del sistema. Es la denominada «biopolítica» de Foucault.

En realidad la discusión sobre la medicalización de la vida moderna es más compleja de lo que los mismos Foucault e Illich pensaron, pues, en parte —así tengan razón en muchos de sus planteamientos— lo que hicieron fue utilizar la medicina como un «chivo expiatorio» de los males de la tecnocracia y realizaron un juicio implacable no a la medicina que existe, sino a la medicina que cada uno pudo imaginar desde su respectiva disciplina intelectual. Es decir, desde la filosofía y la teología; por tanto, desde fuera de los dominios científicos y emocionales de aquello que combatieron, sin conocer en su esencia teórica y práctica.

Lo anterior no significa que para discutir de manera crítica los fundamentos ideológicos de la medicina haya que ser siempre un médico, pero sí es esencial que parte de la polémica en torno a la crisis y las fuerzas ideológicas de la medicina actual provenga de médicos que están viviendo de primera mano muchos de los problemas inherentes al ejercicio clínico.

Pero para que exista en los médicos esta capacidad de análisis de su profesión, es indispensable recuperar una formación humanista en la enseñanza de la medicina. Que prepare al médico para poder pensar sobre aquello que aprendió a hacer y no como está sucediendo en el último siglo, que solo sabe hacer técnicamente un oficio, sin tener claro por qué lo hace, para qué lo hace y si en un momento dado puede llegar a hacerlo de otra forma.

La concepción de la medicina como una tecnología del cuerpo convierte al médico en un artesano sofisticado que, incluso, puede llegar a hacer trasplantes experimentales de cerebro, pero no es capaz de reflexionar si a nivel ético, filosófico

y social debe continuar perfeccionando esos trasplantes. Puede, incluso, inventar una técnica para conocer la intimidad del ADN y colaborar en el Proyecto Genoma Humano, pero se queda corto en los profundos alcances que para el futuro de la humanidad puede llegar a tener este descubrimiento.

El poder de la tecnología médica solo llegará a controlarse y a tener una dirección centrada en el ser humano si los médicos y científicos que realizan esta tecnología han sido formados también como humanistas y pensadores. De allí la importancia de cátedras como la Historia de la medicina, en estos tiempos de crisis, cuando somos capaces de construir cualquier cosa, pero no sabemos para qué.

La crisis de la medicina es una crisis de fundamentación social y epistemológica, y de la ausencia de un pensamiento reflexivo y crítico en los que somos médicos. De allí el predominio actual del lenguaje de los economistas y los discursos bobalicones de la «calidad total» en la salud y la concepción del paciente enfermo como «un cliente» o «usuario» del sistema sanitario. Frente a estos planteamientos superficiales y peligrosos, deben construirse alternativas sanitarias mucho más profundas, racionales y humanistas, que solo podrán salir de los que han interiorizado con su vivencia, el sentido de la medicina y la esencia de ser médico. Los costos de la atención en salud, la violencia médica institucional, las coberturas parciales de los sistemas sanitarios, la comprensión crítica del auge de las llamadas medicinas alternativas, los nuevos problemas científicos del sida y la multirresistencia bacteriana a los antibióticos, son todos problemas cuya complejidad ha superado la tubular visión bioquímica y molecular de los órganos enfermos.

Se requiere además de una comprensión social, ecológica, antropológica y epistemológica del hombre sano como enfermo, de la macrobiota y la microbiota, de los fundamentos ocultos de la práctica de la medicina. La reciente creación de «la medicina evolutiva» abre esperanzas a un mejor entendimiento de la salud y la enfermedad humana.

La Historia de la medicina es el núcleo de la reflexión humanista, del cual puede partir una comprensión más profunda de nuestros actuales problemas científicos y sociales. Por ello, la Historia de la medicina, en estos tiempos de crisis, se convierte en un poderoso instrumento conceptual para que los mismos médicos podamos colaborar en la superación de la crisis médica y de la crisis de la modernidad.